Conste que yo lo presentía. Pero no es tampoco para atosigarme. Llame usted á un criado y le daré mi carta.

Pilar Afuera están; hable usted con ellos cuanto quiera.

Ros. Así, mano á mano, es lo que ha querido usted decir. Pues bien, no; aquí las sillas son más cómodas, y después de todo, entre ellos y usted, si es por el rango, ¡á usted también la pagan!

Pilar Sí; por eso me obligan.

Ros. ¿A velar por la castidad y pureza de costumbres de su dueño? ¡Tiene gracia!

Pilar A barrer de este aire hasta el rastro del perfume que ha traído usted, porque también por los sentidos entra el mal; á eso me obligan. (Ha llamado pulsando un timbre.)

Ros. Pues vea usted; yo lo ignoraba.

Pilar Usted ignora demasiadas cosas; y precisamente por eso la omnipotencia de usted se está acabando. Ya hay que saber para todo en este mundo. Para el mal también. (IGNACIO aparece.) Acompañe usted á la señora hasta la puerta.

Ros. (Hasta el final con suave entonación sarcástica.) No, no necesito; conozco el camino. (Al criado.) Ignacio, dale aquella carta á tu amo cuando esta señorita le deje en paz unos minutos. Y dile que otro día nos veremos Allá, sobre la mesa. (Ignacio va á buscar la carta. Rosita sale, y, pasando, dice á Pilar:) Ya me voy, señorita... ¡Tiene mucha gracia!... ¡Hasta más ver! (Sale. Pilar no contesta. Cuando Ignacio, que ha recogido la carta, va á salir también, Pilar le detiene.)

Pilar A esa señora que acaba de salir no se le vuelve á abrir la puerta en esta casa.

Ign. Es que el señor...

Pilar Sin replicar. La señorita Carmina lo ha mandado. (Ignacio se inclina y sale.) Así, ¡por una vez el aire está limpio! Respiro bien. Alabado sea Dios; me hacía falta. (Coge el retrato que tiró sobre el mueble y lo esconde con el otro, en el cajón de antes: aspira con delicia el perfume de unas rosas que habrá sobre la mesa en un vaso y abre, si es posible, un balcón como para barrer hasta del aire el rastro que ha dicho. Por la lateral

entra AGUSTINA, y al verla, Pilar pregunta:) ¿Volvieron ya?

Agus. No, todavía; por eso la buscaba á usted. Son más de las cinco.

Pilar Pues no las esperen ustedes para el té. Sirvan al señor.

Agus. ¿Aquí mismo?

Pilar Aquí mismo.

Agus. (Al salir por el fondo.) ¿Para don Lorenzo nada más?

Lor. (Desde la puerta del comedor, por donde aparece en este momento.) Y para la señorita Pilar; pongan ustedes dos tazas, Agustina. (Sale Agustina. Don Lorenzo entrando, y por cierta extrañeza que ve en el rostro de Pilar añade:) ¿No va usted á permitirme que la invite esta tarde, que es mi huésped?

Pilar ¿Por qué, don Lorenzo?

Lor. Casi puedo decir que este es mi despacho oficial; el rincón más mío en toda la casa.

Pilar Pues yo me guardaré de ser intruso en él; entre otras cosas, porque voy á estar al cuidado de la madrina, cuando vuelva.

Lor. Olvida usted que tenemos que hablar.

Pilar *¿Todavía?*

Lor. Eso es. Conozco á Rosita y me constaba que iba á respirar por su herida. Por eso he dicho que su arranque de usted abreviaría nuestro diálogo; pero no lo evita. Y dice usted muy bien, *todavía* tenemos que hablar... (Se había sentado, y viendo que Pilar continúa en pie, vuelve á levantarse.) ¿No se sienta usted?

Pilar No estoy cansada; no se moleste usted por mí.

Lor. Bien, después será... ¿quiere usted ante todo hacerme un resumen de ese «cuerpo á cuerpo» con Rosita?

Pilar Sí, señor; pero un resumen y muy deprisa; la verdad, porque no vale la saliva que se gasta. Supongamos que entro en este cuarto y en sitio aparente veo abierto uno de esos libros que, desde que en las casas andan niños de seis años, los padres suelen dejar en lo alto de las librerías olvidados; á que se inutilicen bajo el polvo, con el tiempo,

como sus corazones que no saben purificar al fuego de una vez. Pues uno de estos libros lo veo abierto aquí; y está abierto por su página más clara y aumenta la procacidad del texto una lámina canalla. Yo misma siento como el calor de un insulto que me sube á la cara, enrojeciéndola; pero además...

Lor. Piensa usted en Carmina, por supuesto.

Pilar Se me ha anticipado usted; iba á decirlo. La veo entrando sin avisar, tropezando un día con el libro y ya no vacilo: me apodero de él, abro una ventana, lo tiro á la calle. Sustituya usted la ventana por la puerta; el libro por Rosita y aquí no ha pasado nada más.

Lor. Lo suponía... Va usted siguiendo su obra. Mi hija primero, después mi casa y al fin, yo. No se ha propasado usted á hacerlo sin mi consentimiento y yo lo acepto; pero... pero hagamos tratos. Ya le he dicho á usted que estoy en mi despacho y hasta cierto punto hablando con el *Administrador* de mi hacienda moral, si usted me permite. Acaba usted de liquidar mi vida pasada. Yo estoy dispuesto á darle á usted el *visto bueno*. Pero me queda un resquemor y quiero curarme de él haciendo una pregunta: Cerrada esa liquidación, ¿no arroja un saldo á mi favor? ¿O lo ha olvidado usted?

Pilar (Sonríe con ironía.) En estas cosas administrativas la exactitud parece tan indispensable que yo le agradeceré que me pregunte usted con más claridad.

Lor. Bien; con más claridad. Rosita Garcés, ¿no habló de mí? ¿No habló de usted? ¿Qué ha dicho de nosotros?

Pilar Es muy posible que en alguna página de aquel libro estuviera su nombre de usted barajado con otros nombres, al azar. No he visto bien, don Lorenzo; pero su nombre debe sentir remordimiento de estar escrito allí y el de los demás, un gran dolor. Si Dios inventó el olvido para estos casos, tiene usted que estarle agradecido á Dios por su invención. Parta usted de donde quiera para hablarme; de aquí no.

Lor. ¿No cree usted que Rosita Garcés haya dicho la verdad?

Pilar No quiero recordar lo que ha dicho. ¡Qué tal serán los sentimientos que le ha confiado usted cuando cayeron tanto! Pues no los toque usted; no vaya á salpicar el fango y manche.

Lor. Pilar, eso es injusto. La vida no se para á presentar sus rosas como usted las ha puesto en aquel vaso, limpias, y graduando hasta el color. La vida las da muchas veces sobre una tierra inculta, cargada de escombros y de restos. Las ve usted allí por casualidad y las desprecia y habla de olvidarlas. Creo que se precipita usted. ¿Me deja usted que yo se las ofrezca en otra forma? Precisamente cortarlas, pulirlas, agruparlas, la presentación y el vaso, son mi especialidad. (Por la puerta del comedor, con el té servido en una bandeja y seguida de un criado que la ayuda, entra AGUSTINA; y Lorenzo concluye, haciendo una perfecta transición.) Ajá, Agustina.

Agus. ¿Dónde, señor?

Lor. Aquí mismo, en esta mesa. (Señala una y dice á Pilar:) ¿Quiere usted ayudarme, Pilar?... La arrinconaremos un poquito... Más adelante, en invierno, aquí habrá fuego y quiero acostumbrarme desde ahora... (Ayudado por ella, acerca la mesa hacia la chimenea y dice:) Así; esta bien; gracias, Pilar. (A Agustina.) Servid. (Lo hacen Agustina y el Criado. Cuando van á retirarse, Lorenzo, que pasó al otro extremo junto á la mesa grande, añade) Una silla para la señorita Pilar, allí. (Señalando. Agustina pone la silla y el Criado sale.) Muy bien, gracias.

Agus. ¿Mandan ustedes algo más?

Pilar Cuando Carmina vuelva, avísenme.

Agus. (Al salir por el fondo.) Sí, señorita.

Lor. (Sonriendo dice á Pilar.) Pero no se precipite usted, nos darán tiempo.

Pilar Usted recordará que está la casa sola y evitará que yo me impaciente, acabando cuanto antes. (Lorenzo pasó de la mesa grande á la mesita el jarro de las rosas; lo coloca entre las dos tazas y se aparta para ver el efecto.)

Lor. ¿Acabar?... Estaba empezando. Pero es una

idea excelente que nos conviene á los dos. Empezaré por el final. (Y se acerca á Pilar unos pasos.) El pasado es pasado; y esta vez más que ninguna. Rosita no contó nunca en mi vida. Desde el primer instante la tomé como un pretexto para interesarla á usted. Usted me evitaba tercamente. Pero yo sé que todas ustedes se defienden por amor y atacan por celos. Yo he preparado el ataque; lo quería, lo esperaba, y fué esta tarde. Precisamente el mismo día que yo había escogido para capitular sin condiciones. Porque ya no lucho más, Pilar; no puedo. Ahora, para la reconciliación y la paz, ponga usted un poco de piedad, una promesa de ternura; yo pongo el resto de mi vida. (Un movimiento en Pilar que Lorenzo contiene precipitando su otra frase.) ¡No! Ya ve usted que la mesa de esta orgía no es para asustar á nadie. En la intimidad de la casa, un poco de misterio, un rinconcito en la vida normal, sin alterarla mucho; es una mesa sobria, parca, si usted quiere, y por único lujo, entre los dos, unas flores: las que usted ponga cada día. Y no ponga usted más que las que yo merezca.

Pilar (Con melancolía que todavía contiene su indignación.) ¿Pero no piensa usted?...

Lor. (Interrumpiéndola y con absoluta naturalidad.) No, Carmina, esta vez no viene á cuento. Aparentemente no cambia mi vida, no extrañará nada, no ha de saber nada. La quiere usted tanto que su ternura me responde de su discreción. Estoy tranquilo; Carmina ignorará.

Pilar (Rompiendo, sin poderse contener, en una especie de sollozo gritado.) ¡Oh, basta, basta!... ¿A qué se atreve usted? (Y va á salir.)

Lor. (Sorprendido y exagerando la naturalidad.) ¿Se va usted, Pilar?

Pilar Me voy.

Lor. ¿Por no contestarme? ¡Si yo no pido una contestación! Vendrá con el tiempo. Ahora, estas palabras nada más. ¿Quiere usted aceptarme una taza de té, Pilar? Esta es su silla.

Pilar No, no lo es.

(AGUSTINA apareciendo un momento en la puerta y retirándose después.)

Agus. La señorita ha vuelto.

Pilar (Radiante y como libertada.) ¡Voy!

Lor. (Corriendo á detenerla; violencia y contrariedad en la voz.) No, Pilar, no cante usted victoria. La adoro á usted; está usted en mi casa; yo tengo una voluntad de hierro cuando quiero; se multiplicarán las ocasiones y ha de ser, y es fatal. ¡Piénselo usted!

Pilar ¡Sin pensarlo! ¡Lo que me ha dicho usted es una infamia! (Lorenzo, después de su amenaza, ha salido por la lateral.) ¡Es una infamia! ¡y una crueldad!... ¡Yo supe callar! (Se ha desplomado en una silla olvidada de todo en su indignación y en su dolor. CARMINA entra alegre y saltando por el fondo.)

Carm. ¡Pilar!... ¿Ves cómo vuelvo pronto?

Pilar (Poniéndose en pie y haciendo esfuerzos indecibles por dominar su emoción.) Carmina...

Carm. ¿Qué tienes? ¡Yo venía tan contenta! Te oí gritar... ¿Con quién gritabas? ¿No estabas sola? ¿Quién era?... ¿Papá?

Pilar ¡No, Carmina!... ¿Qué dices? ¿Qué piensas?

Carm. Te oí gritar...

Pilar (Logrando dominarse.) Sí, tal vez; llamaba. Os han servido; pero tu padre estará lejos... no me oyó.

Carm. (Grave, todavía dudosa y como para cerciorarse.) ¿Le traigo?

Pilar Sí, Carmina; si tú quieres. Harás bien. (Aún interroga atentamente el rostro de Pilar que permanece impasible y sale por la lateral. Ahora acompañada de Agustina, llega la CONDESA por el hall; hace á la muchacha señal que se retire y casi desde la puerta, tranquila, pregunta á Pilar.)

Cond. ¿Y qué? ¿Tienes algo que contarme?

Pilar (Sin reprimirse ya.) Sí... ¡Cuídenme ustedes á Carmina! ¡Quiéranla!

Cond. Pilarita...

Pilar Porque yo... me voy de esta casa.

Cond. ¡Pilar!

Pilar Sí, madrina .. ¡Me voy de esta casa! (Y contiene á la Condesa, viendo llegar por la lateral á CARMINA y LORENZO.)

Lor. (A la Condesa, procurando aparecer tranquilo.) ¿Ya de vuelta, tía?

Cond. Tú no me tienes mucha cara de habernos esperado. (Pilar pasó á primer término á la mesa donde sirve el té; Lorenzo, maquinalmente, sin responder á la Condesa, viene á ocupar su sitio de antes.)

Pilar Ven, Carmina: esta es tu silla. (Lo dijo procurando que entendiera Lorenzo; la niña se sienta.)

Carm. ¿Y tú, Pilar?

Pilar ¡Oh, yo! .. Me gusta veros á los dos, reunidos, como ha de ser ya para siempre. Sí, Carmina. Al fin y al cabo ave de paso, un día yo tal vez levante el vuelo... y vosotros quedáis.

Carm. (Extrañada, mirando á Pilar.) ¡Pilar!

Pilar (Rápida transición; voz natural.) Vamos, sirve á tu padre, como yo te he enseñado; á ver, Carmina... así... así... (Carmina, obediente, lo hace; risitas infantiles, cuchicheo, olvida al otro grupo Pilar poco á poco se va retirando hacia el fondo, donde la esperan los brazos de su madrina.) Mi obra... mi pobrecita obra... ¡Y hoy se acaba!
(Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto anterior.

—

(Después del almuerzo, están reunidos la CONDESA DE HUSADAS, CARMINA, LORENZO y tres amigos de éste: CASANOVA, JULITO VALENCIA y OLMEDO. Carmina sirve el café. Forman dos grupos; Lorenzo y Julito Valencia acompañan á la Condesa que estará sentada junto á la mesa grande. Casanova y Olmedo, cerca de la chimenea, hablan. Carmina va de unos á otros sirviendo.)

Carm. ¿Mucho, mucho azúcar, señor Casanova?

Olm. Mucho, señorita, que es un hombre amargo.

Carm. No lo diga usted. Yo le quiero porque es más divertido que todos ustedes y siempre cuenta cosas. Pongo dos.

Cas. (A Olmedo.) ¡Y tú rabia!

Cond. Azúcar á Julito, Carmina.

Olm. Vuelva usted. Tengo un encargo para usted.

Carm. Pues vuelvo en seguida: soy muy curiosa. (Carmina se acerca al otro grupo.)

Olm. Es un encanto de chiquilla.

Cas. Es el encanto de un milagro, al lado de un perillán como Lorenzo.

Lor. (A la Condesa.) ¿No quiere usted café?

Cond. Luego, en mi cuarto, tomaré una tacita de manzanilla. No estoy bien.

Carm. (Que vuelve al primer grupo.) ¿De qué se trataba?

Olm. Lucito me ha preguntado mucho por usted.

Carm. Todos los viernes me dice usted lo mismo.